

aunado el rigor técnico y la excelencia estilística. Y esto no suele ser frecuente; abundan las "traducciones" que, a más de hacer gala de un desmañado español, introducen "tecnicismos" al estilo de "relación de membresía" —por "relación de pertenencia"— y confunden "elemento maximal" con "elemento máximo". Otra característica que ha de destacarse en la obra en comentario es la profusa anotación; los traductores han puesto al alcance del lector menos informado las nociones que en el texto original eran tratadas muy escuetamente; asimismo, han acopiado una amplísima bibliografía que permite una rápida ubicación de importantes obras.

La versión española del opúsculo de Bernays será acogida con beneplácito por los cultores —que cada día abundan más en nuestro medio— de este género de análisis filosófico.

ERNESTO H. BATTISTELLA

Bunge, M.: *Treatise on Basic Philosophy*, Volume 6, *Epistemology II: Understanding the World*. Dordrecht/Boston/Lancaster, D. Reidel Publishing Company, 1983, xii + 296 pp.

La ingente obra de Bunge veda dar puntual cuenta de todos sus aportes: de ahí que tras reseñar el Volumen 1 del *Treatise* —*Episteme NS 1* (1981), pp. 229-236— saltemos ahora al Volumen 6, el último de los publicados a la sazón (agosto 30, 1984). Es harto posible que cuando aparezca esta reseña haya visto la luz el Volumen 7: Bunge no deja descanso a los críticos.

En la reseña mencionada *supra*, destacamos el rigor y la originalidad de la primera entrega del *Treatise*; en los sucesivos tomos, estos rasgos se han acentuado hasta alcanzar un virtuosismo sin par en escritos filosóficos cuyo cometido apunta, antes que sorprender al lector con quincalla verbal de dudoso gusto, a enrumbarlo por los senderos de la reflexión seria e industriosa. Antes de que contáramos con el *Treatise*, los libros de filosofía respondían, maniqueamente, a dos criterios: a) el centón vulgarizador que desgranaba acriticamente opiniones; b) las obras rotuladas de "originales" —espesa infusión de jerga, no pocas veces— inaccesibles a quien

quisiera iniciarse en la empresa filosófica sin pasar por las horcas caudinas de un pupilaje cuasi talmúdico. Y, de esta suerte, *no* se enseña filosofía; tampoco, desde luego, se alienta genuina reflexión filosófica: a lo sumo se procrean psitacistas o adictos —más o menos competentes— al vano casuismo. Aquí interviene una dimensión de Bunge —la que presta, *ad amussim*, su sesgo peculiar al *Treatise*—: su singularísimo talento didáctico, con el cual viene a probar, *en passant*, que el rigor no está divorciado de la claridad —como lo quieren algunos beocios—; y que la obscuridad —contrariamente a lo que propugnan algunos beocios— es el refugio de quienes nada tienen por decir.

Abrimos, para ejemplificar lo precedente, el Volumen 6 del *Treatise* en la pág. 8: Bunge distingue entre "Subsuming and Explaining"; propone, luego de ilustrar el tema, los cartabones lógicos de *subsunción* y *explicación*:

- (1) $(x)(Fx \rightarrow Gx), Fb \vdash Gb$ (subsunción);
 (2) $(x)(Fx \rightarrow Mx), (x)(Mx \rightarrow Gx), Fb \vdash Gb$ (explicación),

donde 'M' simboliza cierto mecanismo (la división celular, p. ej.). Ahora bien, $(x)(Fx \rightarrow Mx), (x)(Mx \rightarrow Gx) \vdash (x)(Fx \rightarrow Gx)$, *i. e.*, la premisa general de (1) es consecuencia de las premisas generales de (2). Fenomenalistas, convencionalistas y simplicistas —argumenta Bunge— dirían que la consecuencia señalada muestra que 'M' es dispensable o reemplazable; un realista concluye, en cambio, que la *explicación subsume la subsunción*, lógica, epistemológica y ontológicamente. Lógicamente pues (2) \vdash (1); epistemológicamente porque la explicación presupone más conocimiento que la subsunción; ontológicamente porque la explicación penetra más profundamente en el asunto que la subsunción, señalando algún mecanismo (conjeturado o establecido) que puede estar oculto a los sentidos.

Esta nítida distinción entre las categorías (1) y (2) le permite a Bunge desvanecer algunos equívocos frecuentes con respecto a la explicación. La mayoría de los filósofos se ha ocupado de la forma lógica de la explicación, desestimando sus aspectos epistemológicos y ontológicos; ello condujo a ciertos autores a sugerir que el esquema canónico de la explicación —Popper, Hempel— no es sólo incompleto sino básicamente erróneo. Se ha sugerido, en particular, que

la explicación no es una operación hipotético-deductiva sino que consistiría en trazar analogías o metáforas, o en perseguir una empatía con los actores de los fenómenos psicológicos o sociales que se intentan explicar. Estas críticas —apunta Bunge— descansan en una confusión entre la categoría psicológica de comprensión y la categoría metodológica de explicación.

Bunge sienta las siguientes reglas para la explicación:

R1: Antes de acometer la explicación de un hecho es menester asegurarse de que es un hecho y no una ilusión. (P. ej., antes de explicar la torsión a distancia de una cuchara, establézcase que es un hecho y no un fraude).

R2: Explíquense existentes por existentes (establecidos o conjeturados); jamás por no existentes. (Desconfíese, por tanto, de explicaciones de sucesos de partículas elementales en términos de partículas virtuales, o de la conducta humana en términos de almas desencarnadas o procesos inmateriales).

R3: *Explíquese lo observable por lo inobservable (ex. gr., cambios de color por reacciones químicas) o lo inobservable por lo observable (ex. gr., hechos sociales por conductas individuales)*, en lugar de mantenerlos separados.

R4: *Desconfíese de las explicaciones ad hoc, i.e., explicaciones con el auxilio de hipótesis que cubren sólo el hecho que se debe explicar.*

R5: *Desconfíese de hipótesis y teorías que pretenden explicar todo* (tal como el psicoanálisis, que presume explicar toda la vida humana).

Concluye Bunge que sólo un tipo de explicación satisface R1-R5, *viz.*, la realizada con el auxilio de teorías científicas.

* * *

Las líneas precedentes constituyen una *nuda expositio* de la explicación *secundum* Bunge: poco o nada nos hemos entrometido, salvo para espigar los puntos que juzgamos más pertinentes. El lector ya habrá advertido que el distinguir nítidamente entre *subsunción* y

explicación es un aporte original, que extirpa *a radice* confusiones a las cuales nos ha acostumbrado la literatura filosófica corriente. Y ni siquiera queremos aludir aquí a los manuales —es achaque común de éstos recoger muy tardíamente los frutos de la investigación—: nos referimos a la enorme masa de artículos que apuntan a impugnar la explicación cuando, en rigor, dirigen sus dardos hacia la subsunción, acusando a ésta de no dar lo que de suyo no puede dar. Afortunadamente, la obra de Bunge es leída siempre con suma atención: nos cabe esperar, pues, que múltiples emborrionadores de cuartillas dejen de amolarnos con sus enfadosas opugnaciones a la subsunción. Excesivo optimismo, sin embargo: *saepe non cernimus ea quae videmus*.

No huelga, a estas alturas, anunciar al lector que apenas hemos llegado a la página 16 del volumen en comentario. Y es que las obras de Bunge más se prestan a ser *reseñadas* por un *reviewer* frangollón —de esos que transcriben el índice— que por un recensionista consciente: cualquier amago de informar sobre la riqueza de contenido del *Treatise* resultaría incompleto y decepcionador. Nos ceñiremos, *pro inde* —y esto es elección arbitraria del recensionista— a los pasajes del *Treatise* (vol. 6) cuya carga inspiradora de rigor y vigor perdurará por muchos años.

* * *

Saltamos a la pág. 223 de *Epistemology II*. ¡Vaya hiato! De no obrar así, empero, nos pareceríamos al Pierre Menard de Borges; y, como no contamos con los pretextos de dicho personaje, la casa Reidel nos entablaría una demanda por violar el *copyright*.

Caracterizar los rasgos primordiales de la pseudociencia no es empresa fácil; quienes se la propusieron —en ocasiones, muy lúcida-mente: recuérdese *Fads & Fallacies in the Name of Science* de Martin Gardner o varios libros populares de Medawar—, suministraron, a veces, excelentes ejemplos; con todo, el *éthos* definitorio de la pseudociencia no había sido elucidado convenientemente antes de la aparición del artículo de Bunge "Demarcating Science from Pseudoscience" (*Fundamenta Scientiae* 3 3/4, 1982). Los lineamientos generales de este artículo están volcados en *Epistemology II*, texto —al igual que los restantes volúmenes de *Treatise*— que recoge la investigación filosófica *up to date*.

Pseudoscience is dangerous because (a) it passes wild speculation or uncontrolled data for results of scientific research, (b) it misrepresents the scientific approach (the "spirit" of science), (c) it contaminates some fields of science, particularly the soft and young ones, (d) it is accesible to millions of people (whereas genuine science is hard and therefore elitist), (e) it enjoys the support of powerful pressure groups —sometimes entire churches and political parties— and the receptivity of mass media. For all these reasons it behooves philosophers to supply an accurate diagnosis of pseudoscience.

Los declamadores de consignas ideológicas se sentirán, a buen seguro, sorprendidos: "¿Cómo" —se dirán— "esa filosofía vacía de contenido" —la rotulan indiscriminadamente de 'analítica'— "se atreve a meter baza en nuestra especialidad, la cual, a partir de los Santos Profetas Marx y Freud nos ha sido reservada por toda la eternidad? ¡Sea anatema!". Y sobradas razones tendrán para lanzar anatemas cuando se vean retratados tan fielmente en el cuadro que esbozamos de seguidas.

La primera coordenada de un campo cognoscitivo pseudocientífico está compuesta por una comunidad de *creyentes*, quienes se autodenominan científicos o tecnólogos maguer no lleven a cabo investigación científica o tecnológica alguna. Segunda coordenada: cierta *host society* que ampara a dicha comunidad por razones prácticas, aunque la relega más allá de las fronteras de la cultura oficial. El universo del discurso del campo —tercera coordenada— contiene entidades irreales o al menos no certificables: influencias astrales, pensamientos desencarnados, superegos, inconscientes colectivos, espíritus de los pueblos, *and the like*. La perspectiva general del campo —cuarta coordenada— incluye (a) una ontología conformada por entidades o procesos inmateriales —espíritus desencarnados, etc.—, o (b) una epistemología que deja lugar a argumentos de autoridad o a modos de cognición accesibles sólo a los iniciados en la interpretación de ciertos textos canónicos, o (c) una tendencia que, lejos de facilitar la libre búsqueda de la verdad, recomienda la defensa ciega del dogma, incluyendo el empleo de la fuerza si fuera necesaria. La base formal del campo es modestísima: la lógica no es siempre respetada y el empleo de modelos matemáticos es la excepción antes que la regla. (¿Alguien conoce un modelo matemático de la trinidad *id-ego-superego*?).

El *Treatise* nos tienta a oficiar de Pierre Menard; con todo, la prudencia indica que debemos detener aquí la transcripción, no sin antes indicar que hemos omitido el relevamiento de varias coordenadas.

Bunge aplica su hipotiposis de la pseudociencia al análisis de la parapsicología; concluye que ésta es un dechado de pseudociencia, la cual, sin embargo, no ha de confundirse con el mero error científico o la heterodoxia: en la ciencia el disenso y la controversia son normales y saludables, mientras que en la pseudociencia son raras y se las trata como punibles herejías.

* * *

En el último tramo del volumen en examen, Bunge se ocupa de las filosofías del conocimiento e intenta combinar las dos grandes tradiciones epistemológicas —*sc.*, racionalismo y empirismo— en una síntesis que bautiza 'racioempirismo', a la cual añade dos componentes: el 'realismo crítico' y el 'cientismo'. La primera sostiene que es factible construir aproximadamente teorías verdaderas de la realidad; la segunda, que la ciencia es el más alto tipo de conocimiento de la naturaleza y la sociedad y, por tanto, la mejor base para el control efectivo y racional y el enriquecimiento de la realidad. Al racioempirismo unido al realismo crítico y al cientismo lo denomina 'realismo científico' (p. 255).

Esta porción del volumen adolece de un esquematismo un tanto escolástico —*Bunge aliquando dormitat?*—: si bien se aducen plausibles razones en aras de tal síntesis, es difícil apartar la sensación de que nos encontramos frente a una prescindible taxonomía. Hay un público, sin embargo, al que resultará en extremo grata esta sección: se compone de quienes desean citar a Bunge sin tomarse la molestia de leerlo detenidamente. Y hasta algunos pretenderán enmendarle la plana: ya nos imaginamos a ciertos ejemplares redactando tesis sobre el 'racioempirismo dialéctico'.

Todas las cosas tienen haz y envés: también el talento didáctico de Bunge, cuyo haz se revela en la maestría con la cual nos explica los temas más arduos y sutiles, pero cuyo envés condesciende, en ocasiones —escasísimas, es verdad—, a simplificaciones terminológicas no del todo convincentes (*le nom ne fait pas la chose*).

* * *

Aun cuando esta reseña se dirija, específicamente, a *Epistemology II*, no puede divorciarse del resto del *Treatise*; lo que ahora digamos es aplicable, pues, a la totalidad de la obra.

I. *Rigor*. Nos atrevemos a declarar que la obra de Bunge alcanza, a este respecto, los más altos niveles de excelencia. No hay *Summa* filosófica, en lo que va del siglo, equiparable al *Treatise*; hay libros aislados, sí, con análogas dotes de rigor.

II. *Vigor*. Rigor sin vigor es *rigor mortis*: el estilo vívido, desafiante de Bunge logra atenacear al lector, quien no se despidió de sus libros jamás con sensación de *déjà vu*.

III. *Erudición*. Bunge es un pasmoso ejemplo de Pico de la Mirandola redivivo: sazona los condumios filosóficos con citas de Swift, clásicos españoles, San Pablo... De su don de lenguas se hace lenguas todo el mundo: baste con decir que es uno de los escasos hispanohablantes nativos que se siente como pez en el agua escribiendo en inglés.

IV. *Originalidad*. Relegar esta "coordinada" —imitamos a Bunge— al postrer lugar suena a *boutade* (tal vez también parecería influencia de Bunge). No lo es, ya que estaba implícita desde los primeros párrafos que escribimos: a lo sumo, hemos incurrido en un pleonasma...

Escribir una obra que reúna las condiciones I-IV y que, a la vez, sea texto y enciclopedia, no tiene parangón en la literatura filosófica: *philosophiae magnum gratiam habeo quae me a solitudine mabducit*.

Ernesto H. Battistella,
 Instituto de Filosofía,
 Universidad Central de Venezuela, Caracas;
 Departamento de Humanidades,
 Universidad Nacional del Sur,
 Bahía Blanca (Arg.);
 Facultad de Ciencias Exactas,
 Universidad Nacional de San Juan (Arg.).